

# Daniel Moyano: Una literatura de la expatriación

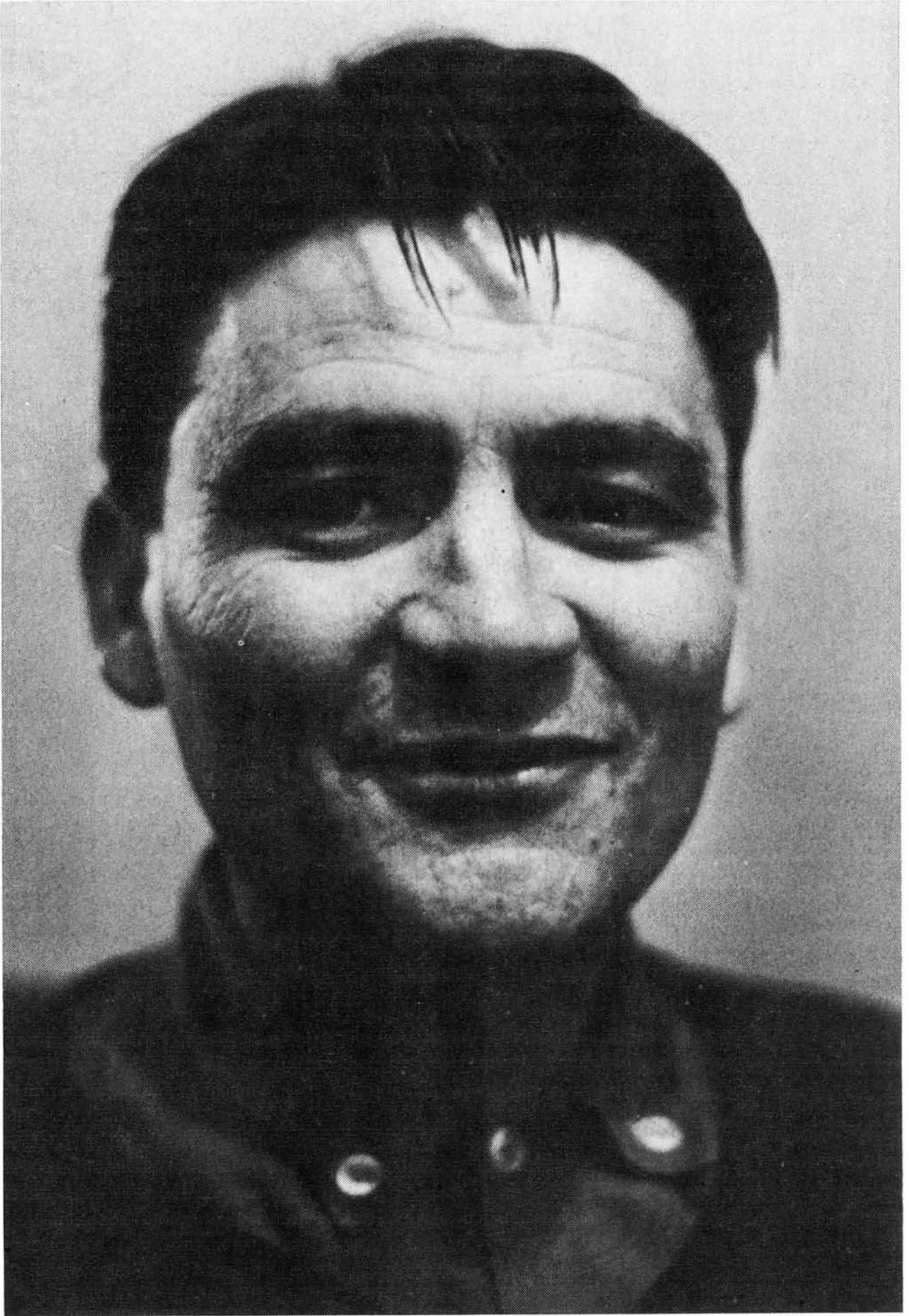
En los años centrales de la década del setenta, la sociedad argentina sufrió los violentísimos efectos de las luchas por el control político, y como otras sociedades, en iguales circunstancias, verificó profundos desplazamientos en su seno, movimientos de exclusión hacia el exterior y marginaciones internas, formas diversas del exilio, de la expatriación de muchos de sus ciudadanos.

Los miles de argentinos obligados a abandonar el país en esos años, los exiliados, en el sentido tradicional y ortodoxo del término, fueron dando cuerpo a una literatura que, atravesada por toda la complejidad del fenómeno, la diversidad de sus voces y la consecuencia de sus ajustes a escenarios extremadamente dispersos, parece insertarse, sin embargo, en el mismo espacio de configuración que hizo posible la literatura de los proscritos del siglo XIX. Esta literatura produjo y registró, básicamente, la representación de una experiencia de desvinculación traumática. Con todas las marcas y los repliegues que esta representación adscribió a la imagen condensadora del desterrado: su énfasis en una práctica política que asegurara el camino del regreso, su exacerbación morosa de la nostalgia o su caída en el patetismo, esa sobreactuación a que predisponía el código gestual de la época, esa imagen se recortaba siempre sobre el mismo núcleo de certidumbres interiores, sobre un campo afectivo y un mapa de simbolizaciones que sólo transitoriamente parecían admitir la ausencia del paisaje nativo. Porque el héroe romántico, si convertido en proscrito, asumía primordialmente el deber de conservar, en otro espacio físico y cultural, todos los signos de su pertenencia al espacio físico y cultural del que había sido abruptamente expulsado. Conservar, es decir, ejercitar la vigencia de esos signos hasta el momento de corregir el accidente que determinara la separación. El desterrado, cuando partía, partía con el lenguaje y la memoria íntegros. Mantener esa integridad era la prenda inexcusable de su regreso.

La antología, desde luego, se anuncia como provisional, y está sujeta a la revisión de un repertorio de lecturas tan abultado como azaroso en sus vías de reclutamiento. Su conjeturable comprobación, sin embargo, lejos de ser sorprendente, no haría sino aceptar la continuidad de una práctica social en un tiempo histórico que se mide aún con los mismos parámetros.

La literatura producida en el espacio del exilio interior, menos visible que la literatura escrita y difundida por los nuevos proscritos, sugiere también enunciados menos categóricos. Es de naturaleza incierta, o al menos, problemática, la coyuntura que va de la expresión al silencio, de la aguda conciencia al mimetismo y la disolución. Es problemática la identificación y la autoidentificación de una literatura escrita en el seno de una sociedad represivamente controlada que ha mantenido, sin embargo, el funcionamiento de muchos de los mecanismos de la institución literaria, y que ha buscado convencer y convencerse oficialmente de la persistencia de los niveles normales de comunicación.

Llevará mucho tiempo, sin duda, reconstruir las dimensiones materiales, trazar las fronteras y describir los tipos de estrategia con que una literatura condenada a la marginalidad y a ser expresión de la marginalidad, logró perseverar en sus premisas.



*Daniel Moyano*

El objeto de esta presentación, de todas maneras, no será el de desplegar un cuadro de situación para el que no dispongo ni de las hipótesis de trabajo, ni de la masa de información necesaria, sino el de llamar la atención sobre un relato escrito en la Argentina en el año 1975 que puede, eventualmente, valer como soporte conceptual, guía de procedimientos y perfil histórico adecuado al recorte de ese cuadro de situación.

*El vuelo del tigre*, la novela de Daniel Moyano, se propone, en un extenso tramo de su desarrollo, como un franco ejercicio de transposición alegórica en el que el efecto de verosimilitud es convocado, sin embargo, con un ritmo de contrapunto rigurosamente funcional. Este ritmo asegura, por una parte, la recepción de la historia narrada en una superficie plana en la que se actualiza la ilusión del reflejo realista, pero conviene al mismo tiempo esa superficie en una pantalla porosa por la que se filtran los componentes de otros órdenes de la realidad. La mención de Kafka, más que procedente en la lectura de otros relatos de Moyano, se impone aquí como de referencia necesaria y como inequívoca muestra de práctica intertextual.

En *El vuelo del tigre*, la secuencia narrativa mayor se genera, y de hecho, se agota, con la llegada e instalación del Percusionista en la casa de los Aballay. El Percusionista es un funcionario, delegado de un poder central cuya índole nunca se precisa, pero cuyas decisiones han avanzado ya hasta la ocupación literal de las ciudades y al examen y control minucioso de sus habitantes. Hualacato es el nombre imaginario del pueblo, pero ese pueblo, por todas las connotaciones, es cualquiera de los pueblos de provincias en la Argentina. Y los Aballay constituyen una típica familia de provincias, reducidos al cumplimiento de sus obligaciones y a la celebración de sus pequeños fastos. Nada hay en ellos, aparentemente, para examinar o controlar. Pero son sospechosos por principio, culpables por omisión, como tantos en el pueblo, reos presuntos que deberán demostrar con los hechos su absoluto rechazo de toda disidencia, de toda rebeldía al orden representado por el poder central.

El funcionario toma posesión de la casa y la convierte en la prisión de sus moradores. Prisión física que impedirá sus propios movimientos, y prisión moral que impedirá el movimiento de los otros habitantes de la comunidad. Nadie, desde afuera, se atreverá a interesarse por los moradores de una casa marcada con el signo oficial de la sospecha. A partir de este doble aislamiento, el funcionario iniciará el desarrollo de un programa didáctico cuya etapa final, previsiblemente, deberá ser inducida y ejecutada por sus propias víctimas.

La primera lección de ese programa, y acaso la más importante, consiste en demostrar que la lengua es un atributo de poder. El poderoso habla, y las inflexiones de su voz estrujan una palabra hasta asfixiarla, o la ensucian hasta volverla revulsiva, o la afilan hasta convertirla en arrojadiza arma mortal. Dice «guerra», y el otro bando aparecerá de golpe, creado por su palabra; «Cucaracha», y será aplastada la cabeza de un enemigo. El poderoso habla, y la sintaxis de la lengua, su organización interior, se pliega a sus dictados; habla, y las sintaxis del interlocutor desposeído se embarulla, se deslíe, se transforma en caricatura, en deshecho.

En el primer interrogatorio a que es sometido el jefe de la familia, el funcionario establece las bases del nuevo estatuto lingüístico:

«Así que no tocabas pero ibas a tocar. ¿Habías de tocar o ya habías tocado?»